

## 15. ENFRENTAMIENTO PEDRO-PABLO EN ANTIOQUÍA

La posición de Pedro en el relato de los evangelios y en el libro de los Hechos está lejos de la autoridad indiscutible del papado en los últimos siglos. Además de la imagen oscilante del primer Papa, el evangelio recoge un rechazo fortísimo de Pedro cuando pretendió impedir el camino de Jesús hacia la cruz: “Aléjate de mí, Satanás ... tú piensas como los hombres, no como Dios” (Mateo 16,23; Marcos 8,33). Detrás de ese rechazo está el conflicto entre una teología de la gloria, propuesta por Pedro, y la teología de la cruz que sigue Jesús camino de Jerusalén.

En Antioquía Pablo juzgó a Pedro “reprensible”, ya que su ejemplo indujo a otros a la hipocresía, y hasta el mismo Bernabé “se vio arrastrado a la simulación”, ὑπόκρισις (Gálatas 2,13-14). Pero mientras que en la carta de Pablo a los Gálatas se presenta como causa del enfrentamiento la violación de las normas dietéticas en la comida, en el relato del libro de los Hechos se indica como causa la inobservancia de la circuncisión, que era condición absoluta para la admisión en el judaísmo. Quien no se circuncidara “conforme al uso de Moisés, no podía salvarse”. Por esta razón se produjo un “altercado”, στάσις, y “una violenta discusión”, ζήτησις οὐκ ὀλίγη, con Pablo y Bernabé (Hechos 15,1-2).

Acompañado de Bernabé y Tito, Pablo decidió viajar a Jerusalén para defenderse de las acusaciones de algunos “falsos hermanos que se infiltraron para espiar la libertad que tenemos en Cristo Jesús y esclavizarnos” (Gálatas 2,4). Los más cualificados de la comunidad de Jerusalén, Santiago, Cefas y Juan, “considerados columnas, nos dieron la mano a Bernabé y a mí” reconociendo así la gracia que le había sido confiada para llevar el evangelio sin que los convertidos se vieran obligados a “judaizar”, pues Tito, que era griego, no fue obligado a la circuncisión (Gálatas 2,3-9).

Resulta difícil comprender cómo un judío como Santiago, el hermano del Señor, pudo aceptar que los convertidos no judíos fueran dispensados de un rito fundamental para el pueblo de la alianza, pues la circuncisión se consideraba “señal de la alianza”. Quien rechazara aquella práctica sería excluido del pueblo por haber quebrantado la alianza (Génesis 17,10-14). Un motivo de la sublevación de los Macabeos fue la difusión de las costumbres helenísticas, que promovieron el culto del cuerpo en los gimnasios y prohibieron la circuncisión. “A las madres que circuncidaban a sus hijos, las mataban ... con las criaturas colgadas al cuello” (1 Macabeos 1,60-61). Los israelitas prefirieron morir antes de renunciar a esa señal distintiva de su religión.

No se explica esa insistencia en un rito que era común a varios pueblos de aquel ambiente, como los árabes, samaritanos y egipcios, si bien ninguno de ellos le dio la importancia que le atribuyó el judaísmo. Es razonable suponer que los primeros cristianos convertidos por Felipe y Pedro no fueron obligados a la circuncisión. La efusión del Espíritu

hacía innecesaria la circuncisión. Quienes recibieron el don del Espíritu incluso antes del bautismo demostraron una experiencia religiosa que atestiguaba su plena integración en el pueblo escogido de Dios: era una experiencia de amar y de sentirse amados, de alegría exultante, de paz y capacidad de perdón, de actitud orante de alabanza, de renovación espiritual que las demás personas podían comprobar. Como en el día de Pentecostés y en la casa de Cornelio, también en las sinagogas de Antioquía, Iconio, Listra y Derbe, quienes aceptaron el evangelio dieron señales de esa presencia del Espíritu sin someterse a ninguna de las exigencias de la Ley judía. Era la prueba de que Dios aceptaba a los convertidos sin pasar por la circuncisión.

Quizá en un primer momento no existió una oposición fuerte a la admisión de no judíos en la iglesia sin cumplir el requisito de la circuncisión, porque se consideraba que los cristianos no eran convertidos en sentido pleno sino sólo temerosos de Dios.

El punto se discutió en la asamblea de Jerusalén en la que tomaron parte Santiago y Pedro por un lado, Pablo y Bernabé por otro. Para integrar la figura y actividad de Pablo en una visión constructiva de la historia de la Iglesia, Lucas presenta el conflicto con Pedro en términos más suaves. En contra de la descripción más agresiva del conflicto en la carta a los Gálatas 2,11ss, el libro de los Hechos destaca la buena disposición de Pedro para admitir a los no judíos en la Iglesia. Pedro recuerda ante la asamblea de Jerusalén que también los no judíos han recibido el Espíritu, que Dios “no hizo distinción entre ellos y nosotros, pues ha purificado sus corazones con la fe”, de modo que no se puede “tentar a Dios, queriendo poner sobre el cuello de esos discípulos un yugo que ni nosotros ni nuestros padres hemos podido soportar”. Tanto unos como otros se salvarán por la gracia del Señor Jesús. “Creemos que nosotros, los judíos, nos salvaremos exactamente como ellos, καθ’ ὅν τρόπον καὶ ἐγὼι (Hechos 15,8-11).

Es llamativa la coincidencia de esta confesión de Pedro con el mensaje central de Pablo. La situación se envenenó por las acusaciones de los falsos “hermanos”. Parece que las autoridades de Jerusalén intentaron convencer a Pablo de la conveniencia de circuncidar a Tito. Aunque podían haberlo hecho, no le obligaron, porque tanto Pablo como Bernabé se opusieron. Era un caso claro del conflicto entre ley y libertad, y tanto Pablo como Bernabé estaban en favor de la libertad. Será la “ley de la libertad”, que Santiago, el hermano del Señor, máximo representante de la autoridad en Jerusalén, defenderá en su carta (1,25; 2,12). Por eso Pablo ni por un momento cedió a aquella imposición, a fin de preservar la verdad del evangelio (Gálatas 2.5).

Quizá no era la primera vez que se dispensaba de la circuncisión como condición *sine qua non* para ser admitido en la comunidad judía. Pero se trataría de casos aislados y que quedaban más o menos reservados al ambiente reducido de la familia. Aquí se trató de sentar un principio o norma pública de conducta al hacer del caso de Tito una cuestión de

principio. Que la solución fuera aceptada por los apóstoles, “columnas” (Gálatas 2,9), incluso por Santiago, instigador o defensor en los primeros momentos de una línea más exigente (Gálatas 2,12), tuvo una importancia decisiva. De otro modo, el grupo de los convertidos de Pablo y Bernabé se hubiera sentido perdido: ni aceptados por el judaísmo ortodoxo ni admitidos por los judeo-cristianos.

El acuerdo de Jerusalén creaba una cierta división en la Iglesia: Pablo y Bernabé representaban a los convertidos no judíos a los que defendía la línea mantenida por la iglesia de Antioquía. Pedro y Santiago representaban a los judeo-cristianos que seguían la línea de la iglesia de Jerusalén. La única condición para aceptar esta división era la exigencia de que los antioquenos se acordasen de los pobres de Jerusalén. De hecho la solidaridad con los pobres y la limosna en concreto se consideraban parte de la misma justicia o exigencia derivada de la alianza. En lugar de la circuncisión, los convertidos no judíos podían demostrar su pertenencia al pueblo de Dios por medio de la limosna, expresión primera de la piedad de la alianza. Para la comunidad de Jerusalén aceptar el deber de la limosna era un primer paso para aceptar las demás obligaciones de la Ley. Pero Pablo entendió que la liberación de la circuncisión era el primer paso para liberar a los convertidos de la imposición de la Torah. Un indicio de que esto fue así es que Pablo no menciona la observancia de las normas dietéticas judías, obligación fundamental que recoge el decreto de Jerusalén. Para Pablo, “solo, μόνον, nos pidieron que nos acordáramos de los pobres” (Gálatas 2,10). Esta limitación explicaría el enfrentamiento con Pedro en Antioquía.

Las condiciones del decreto apostólico, que Lucas atribuye a Santiago, el hermano del Señor, no se ciñen a la limosna en favor de los pobres, sino que imponen la obligación de abstenerse “de la contaminación de los ídolos, de las uniones ilegítimas, de animales estrangulados y de la sangre” (Hechos 15,20). Se ha visto en esta lista de mínimos una reproducción de las llamadas “leyes noáquicas” contenidas en la “alianza con Noé” al concluir el diluvio (Génesis 9,1-7). Estas leyes, cuya formulación y número son objeto de discusión, han sido promovidas como expresión de una religión natural universal por algunas corrientes liberales del judaísmo y sobre todo por la ideología masónica. En su forma más amplia las Leyes de Noé serían siete: (1) el establecimiento de tribunales de justicia, de modo que la ley gobierne la sociedad; (2) la prohibición de la blasfemia, (3) de la idolatría, (4) del incesto, (5) del derramamiento de sangre, (6) del hurto y (7) de comer la carne de animales vivos.

Es más probable que el decreto de Jerusalén recoja algunas normas que regían la vida de extranjeros en medio de la población de Israel (Levítico 17,8-14; 18,26). Manteniendo esas obligaciones, los cristianos de origen no judío podían vivir como extranjeros respetuosos con las normas de la Ley de Moisés. Para lograr una convivencia

pacífica se recuerda que desde tiempos antiguos Moisés “es leído cada sábado en las sinagogas” (Hechos 15,21). El decreto se concibe desde una perspectiva judía y eso explica que no haya en él ninguna referencia a Jesús. Esta limitación de perspectiva se refleja en la mención de las iglesias a las que se dirige el decreto: “los hermanos de Antioquía, Siria y Cilicia provenientes de la gentilidad” (Hechos 15,23). Quizá estas iglesias se fueron alejando progresivamente de la dirección de Pablo, el cual de hecho dejó pronto de considerarlas como iglesias suyas.

Estas diferencias dan razón del enfrentamiento con Pedro que Pablo refiere en la carta a los Gálatas. Cuando llegaron algunos de parte de Santiago, Pedro “se fue retirando y apartando, ἀφορίζω, por miedo a los de la circuncisión” (Gálatas 2,12). Separarse de la gente común es exigencia de la normativa de pureza legal. Es la actitud típica de los fariseos, “los separados”. Pedro quebrantó esa norma, porque antes de la llegada de los de Santiago, se comportaba como un pagano, ἔθνηκῶς. Ante esa conducta hipócrita, le reprochó Pablo: “¿Cómo fuerzas a los gentiles a judaizar?”, ἰουδαΐζειν (Gálatas 2,14). En apoyo de su denuncia, Pablo expresa la repulsa de una actitud hipócrita que contradice la condición misma del judío: “nosotros somos judíos de nacimiento, no pecadores de entre los gentiles” (Gálatas 2,15). “Pecadores” equivale aquí a transgresores de la Ley, como desde el punto de vista del judaísmo son todos los que no aceptan la Ley de Moisés, todos los no judíos. Para cerrar su alegato contra Pedro, Pablo recuerda el punto central de su “evangelio”: justificación no por las obras de la Ley, sino por la fe en Jesucristo. Quien acepte esta justificación por la fe en Jesucristo, no puede aceptar una justificación por la fidelidad a algunos puntos de la Ley mosaica.

La denuncia de Pedro es fuerte, pero quizá es posible comprender su conducta, teniendo en cuenta que también Bernabé, el pionero predicador del evangelio a los no judíos, “se vio arrastrado a la simulación”, ὑπόκρισις (Gálatas 2,13). Quizá Pedro se sintió movido por el deseo de no poner en peligro su misión entre los judíos. O bien quizá Pedro confiaba que los cristianos venidos desde fuera del judaísmo demostrarían una tolerancia similar a la de los no judíos próximos a la sinagoga, los “temerosos o adoradores de Dios”, que respetaban las normas alimentarias judías.

¿Quién salió triunfador del enfrentamiento? El triunfador fue Pedro, como se deduce de las normas del decreto de Jerusalén: mientras estuvieran en ambiente judío, los cristianos no judíos debían respetar los escrúpulos legales de los judeo-cristianos. Era la postura de la autoridad más conservadora en Jerusalén, Santiago, en contra de la postura de Pablo. De hecho, a partir del conflicto, Pablo comenzó a actuar con independencia de la comunidad antioquena y del mismo Bernabé. La gran “tensión”, παροξυσμός, que se produjo entre los dos evangelizadores seguramente tuvo de fondo alguna razón más profunda que las reservas de Pablo respecto de Marcos (Hechos 15,37-40).